

PRESENCIA HAITIANA EN
REPUBLICA DOMINICANA

FERNANDO I. FERRAN*

Circunstancialmente comienzo a escribir este trabajo acerca de la presencia haitiana en República Dominicana bajo el resplandor de dos velas, como en las noches en las que sentado en la puerta de un barracón cualquiera de braceros haitianos analizaba y transcribía las notas tomadas durante el estudio de campo que realizaba en 1983-1984 en los bateyes azucareros dominicanos. La simbología nocturna y de privaciones parece ser la más adecuada para el tema a tratar.

El mismo lo subdividiré en varias dimensiones. La primera es de carácter lógico, y en ella presentaré un marco de referencia hermenéutico a dicha presencia. La segunda dimensión será existencial, en función de una realidad que por su misma complejidad social e institucional no se deja reducir a adjetivos prefabricados, y esquivo el carácter ideológico en el que se pretende comprender al haitiano en territorio dominicano. La última es la de la prognosis social, y soy el primero en reconocer lo discutible y aproximativa que sera.

1. Dimensiones lógicas de la relación dominico-haitiana

Repetidas veces he estado tentado a tratar la relación social

* Antropólogo social. Vicerrector Académico de la Universidad APEC.

dominicano-haitiana en función de la consabida dialéctica del amo y del esclavo. La relación amo y esclavo tenía un significado bien preciso para los griegos y la tradición aristotélica; a saber, por naturaleza los hombres nacen para mandar los unos y los otros para obedecer. No creo, empero, que hoy se fijen las posiciones en este contexto¹ y de manera tal que variables socio-históricas no intervengan en dicha relación; la única excepción la exponen aquellos que por racismo segregan y aíslan a los nacionales haitianos y a sus descendientes nacidos en República Dominicana de la sociedad dominicana y sus oportunidades.

En la época moderna la relación del amo y del esclavo es de carácter dialéctico, y tiene dos grandes expresiones. Para la primera, el amo pasa a la posición del esclavo y viceversa. El esclavo, por la necesidad de su trabajo, genera la cultura y los bienes culturales de la sociedad, de manera que llega a ser imprescindible y se torna en amo real de su amo. A su vez, el amo, sometido al mero usufructo de los bienes culturales producidos por el trabajo servil, se embota y pasa a ser esclavo real de su esclavo. En su versión marxista el esclavo, ahora denominado proletario por la formación social capitalista, termina redimiéndose en su condición por la lucha de clases, y libera finalmente al burgués opresor de la suya; idealmente, la relación de ambas clases sociales termina su curso histórico en la supresión de sí misma.

No sé si a ciencia cierta este tratamiento lógico puede esclarecer la dimensión histórica de la relación dominicano-haitiana. Lo cierto es que durante el siglo pasado el pueblo haitiano, literalmente esclavo en las plantaciones francesas, pasó a ser libre y demostró su soberanía, entre otras formas, ocupando la parte occidental de una isla única pretendidamente indivisible. En la actualidad, y es lo propio del tema que me ocupa, esa misma población encuentra una vía de escape a la realidad social haitiana en cuestionables condiciones de trabajo en República Dominicana, con lo cual parece que la espiral dialéctica retorna a una situación análoga a la del comienzo. Incluso se califica el trabajo de los braceros haitianos en los cañaverales dominicanos como el trabajo de esclavos, y se confunde erróneamente la sobreexplotación a la que están sometidos con un régimen esclavista.²

Por su parte, y no obstante su creencia de catolicismo, de hispanidad y de raza caucásica, la nación dominicana comenzó a descubrir qué quería ser por vía igualmente negativa; es decir, no-haitiana, y posteriormente no-española y no-estadounidense. Conociendo la ocupación haitiana, y la liberación de ella, actualmente la presencia haitiana en el territorio dominicano es múltiple y, en situaciones particulares, hasta crítica: la independencia

dominicana tiene lugar en contra de Haití, y ésta representa cuestiones raciales, religiosas, lingüísticas, demográficas, ecológicas, económicas, altamente cuestionables para los dominicanos. Pero al margen de la interpretación ideológica que se le atribuya a esas cuestiones, es indudable que los sectores dominicanos agrícola y de la construcción dependen hoy de la mano de obra barata haitiana. Existe actualmente una dependencia recíproca de ambas partes más originaria incluso que la de cada una de ellas aisladas respecto a otras naciones desarrolladas como la estadounidense o la francesa.

De manera que puede decirse que el encuentro de ambas naciones ha conocido los vaivenes de la dialéctica, cambiando intermitentemente cada nación de estatus social y/o jurídico en medio de esta relación. Consecuentemente, si la relación amo-esclavo sirviera de parámetro a la relación dominicanos-haitianos, la conclusión previsible sería la siguiente: la nación dominicana pasará a depender socio-culturalmente de la presencia laboral haitiana, y esta desatará un movimiento social de tal magnitud cultural que permitirá anunciar una reidentificación del problema en función de una unidad, si no étnica, al menos social, económica y hasta política. De este nuevo orden debe esperarse la superación pura y simple de la división actual bajo un sistema cultural más cosmopolita que los respectivamente contemporáneos en ambas naciones.

Claro está, este ejercicio de lógica social, ajeno al federalismo propuesto en *La Isla al Revés*,⁹ es demasiado formal para que permita comprender todas las dimensiones y complicaciones particulares de la relación entre ambos pueblos y Estados autónomos. Pero su interés es doble. Por una parte, recoge los parámetros de una historia isleña relativamente bien conocida, y pretende normar su movimiento y proyecciones en un contexto teórico olvidado en los análisis que recibe el problema. El contexto teórico de la dialéctica del amo y del esclavo, vale la pena subrayarlo, no depende de las formaciones sociales particulares de cada período histórico; más bien constituye un elemento común e integrador. Segundo, aquel ejercicio de lógica social le permite establecer a un análisis antropológico las leyes normativas que rigen, en la actualidad y desde el punto de vista del lado dominicano de la relación, la presencia haitiana en el territorio oriental de la isla. Estas leyes son básicas en la medida en que determinan los patrones de comportamiento laborales de la población haitiana en República Dominicana.

Efectivamente, la coherencia interna de la relación amo-esclavo implica las leyes de la dependencia y de la sobrevivencia que norman el contexto laboral del haitiano en Dominicana. La ley

de la dependencia significa que el vínculo entre ambas comunidades nacionales, independientemente de si es en un batey, en una construcción, o en un comercio, es eminentemente funcional; esto es, laboral. Por ejemplo, el flujo continuo e ininterrumpido de la caña del campo a la factoría vincula al bracero haitiano con la estructura organizativa dominicana en las colonias e indirectamente con la factoría. Si el Kongó o bracero depende del trabajo para su salario, no menos cierto es que la industria azucarera dominicana depende de ellos, aun cuando sea en una relación asimétrica de poder. Cualquier actividad está supeditada a aquel flujo y está basada en dicha dependencia.

En este contexto, esta ley integradora y reductora de la vida comunitaria de ambas poblaciones parece afirmar que lo esencial no son las personas, ni sus comunidades y tradiciones, ni siquiera la satisfacción de sus necesidades, sino el trabajo que hay que realizar. Cualquiera otra consideración y derecho está supeditado inapelablemente en el ámbito de la relación dominico-haitiana contemporánea a la sobreexplotación laboral de la que ambos grupos dependen y a la que el lado haitiano está sometido. La estructura social que genera esa relación de sometimiento haitiano, y la dependencia asimétrica de ambos, se organiza exclusivamente alrededor de dicha ley.

Pero si esto es así tan sólo lo es porque se basa correlativamente en una segunda ley o necesidad constitutiva de la presencia haitiana en Dominicana. Me refiero a la necesidad de sobrevivir. Significativamente en la dialéctica del amo y del esclavo se menciona que este último asume su condición ante el temor a la muerte. Pues bien, siguiendo por vía inductiva la analogía aquí desarrollada, la necesidad de no morir, el sentimiento vital e imperioso de sobrevivir, promueve la emigración laboral haitiana hacia el territorio dominicano esencialmente en busca de trabajo; ⁴ y la misma organización laboral dominicana los asume por los bajos salarios que requieren, por las bajas inversiones que hay que hacer en los renglones habitacionales, salud, educación y otros para mantenerlos, por la docilidad de esta mano de obra barata, por la ruptura de las estructuras sindicales que implica esta población que es extranjera, en números indeterminados clandestina, y en última instancia porque a falta del haitiano el renglón económico que depende de ellos reduciría su producción y generación de bienes y de divisas.⁵

Ahora bien, las leyes de la dependencia y de la necesidad de sobrevivir se refuerzan recíprocamente.

Debido a la ley de la sobrevivencia, surge en la población haitiana en Dominicana la exigencia y el comportamiento impostergable de aceptar la autoridad de los denominados "jefes",

reforzándose así la sumisión al dominicano impuesta por la dependencia; y recíprocamente, a la luz de la gesta liberadora haitiana a principios del siglo pasado, y del recuerdo opuesto de acontecimientos cruentos de la década del 30 en la Era de Trujillo, es de suponer que si no fuera por la necesidad de satisfacer la imperiosidad del hambre, la enfermedad, la vivienda, la reproducción, necesidades todas ellas vitales, la población haitiana presente en el territorio nacional no soportaría las precarias condiciones de vida que soporta en bateyes azucareros, fincas agrícolas y barrios capitales y urbanos en general. En realidad la población haitiana en Dominicana no viene aquí si no es por la más sentida, apremiante y embrutecedora necesidad de sobrevivir.

Las leyes del sometimiento y de la sobrevivencia, inherentes a la lógica dialéctica del amo y del esclavo, articulan la vida cotidiana de la población haitiana en tierras dominicanas. Ellas permiten cernir mejor a los hombres y mujeres de carne y hueso de los que hablan los reportajes periodísticos, las encuestas y las estadísticas y estudios sociales.

2. Su dimensión existencial

La dimensión existencial del haitiano en la República Dominicana, es aquella en la que se encarna, opera, la dimensión lógica de la relación dominico-haitiana. Ella puede percibirse presentando a los actores en sus papeles laborales. Por motivos de exposición me limitaré al símbolo por excelencia de dicha presencia, la industria cañera del Consejo Estatal del Azúcar (CEA), y particularmente a las posiciones que en ella ocupan los dominicanos como jefes y los haitianos como carreteros y braceros. Cualquier teorización que merezca el tema se basa sobre esta realidad. Presupongo evidentemente que estos datos se reproducen equitativamente en otros contextos laborales; en otras palabras, no son exclusivos de la finca azucarera.

Los jefes dominicanos*

La estructura de poder en la industria azucarera dominicana está en manos de la población dominicana. Entre las múltiples ocupaciones de ésta sobresalen la del administrador del ingenio, el jefe de campo, el superintendente de la colonia y el mayordomo.

Los jefes. La comunidad de los bateyes es una comunidad rígidamente jerarquizada. En su cúspide están los ausentes, los "jefes", a la cabeza de los cuales se encuentra el Administrador del Ingenio, seguido por su Auditor y Jefe de Campo (en el caso del Ingenio Río Haina, con cuatro divisiones de campo, se trata del Superintendente General de Campo). Las decisiones del Administra-

dor, por no remitir la jerarquía de mando a las oficinas del CEA en la Feria, son tenidas a nivel de campo como omnipotentes. En términos cuasi religiosos me decía un informante que "en la finca todo sale y todo regresa al Administrador"; con frecuencia, y en el mismo sentido, no es anormal que los viejos lo denominen "papá" o "papaíto". Frente a la actitud de sometimiento y dependencia que denotan tales denominaciones se encuentran las armas. El arma que portan y ostentan los altos jefes (Administrador, Jefe de Campo, Jefe de Riego, Jefe de Cultivo) es tanto un signo de autoridad, como un instrumento necesario de autodefensa: en medio de una población que debe ser mantenida en su estatus y que a su vez está armada por lo menos con mochas y machetes.

El grupo de los jefes, análogamente igual que el de los administradores de las antiguas plantaciones, tiene por misión principal lograr los objetivos de producción trazados por la Dirección Ejecutiva del CEA y sus colaboradores inmediatos. Todos ellos visitan regularmente los bateyes de campo, motorizados, y conservan significativamente su distancia frente a la población cañera: no hablan con ésta. En otras palabras, los jefes llegan en sus jeeps, casi exclusivamente interesados en los múltiples problemas técnicos de la cosecha y zafra del azúcar, pero no en problemas de índole personal, social, comunitaria; una vez allí recogen informaciones y transmiten sus órdenes a los superintendentes, agrónomos, supervisores, mayordomos y eventualmente a los jefes de tiro, pero sin contacto directo, verbal con los picadores de caña, carreteros y otros miembros subalternos a los recién nombrados en la jerarquía social de los bateyes.

Visto desde la base de la pirámide social, los jefes son seres privilegiados por el destino. Nacen para ser jefes, y actúan como tales. Si bien es cierto que actúan como jefes, casi impregnados de una concepción laboral de tipo militar, sin embargo, dicha creencia no se compadece con las cualificaciones técnicas de estos altos funcionarios y tampoco con los años de experiencia que han adquirido en el CEA o fuera de éste. Adicionalmente dicha concepción determinista desconoce los sueldos nominales que se les paga, forzándolos de hecho, y al margen de cualquier consideración ética, a "suplir" sus sueldos con prebendas y métodos netamente ilícitos, pero justificados por los interesados en nombre de sus horas de trabajo y por la relevancia de sus responsabilidades para la economía del país.

En el mismo orden de ideas, aquella percepción respecto a los administradores y otras autoridades de los ingenios no suele tener en cuenta la dificultad con la cual se logra obtener y mantener esos puestos: especialmente "desde el año del cambio", 1978, cuando el criterio de servicios y lealtad política parece haberse

impuesto unilateral y exclusivamente frente a consideraciones de experiencia y capacitación técnica a la hora de asignar los altos puestos del CEA, al igual que los técnicos intermedios, sobre todo en el ingenio Río Haina, pero no sólo en éste. De ahí que las quejas por nombramientos políticos y por cancelaciones motivadas en intrigas personales, astutamente revestidas con consideraciones políticas y de honestidad en la administración de los bienes del CEA, son comunes a nivel del personal no cualificado de los bateyes agrícolas.

En cierto sentido, por tanto, "los jefes" son un mito en la empobrecida imaginación de los que viven en los bateyes: mito por el poder incuestionable que ejercen sobre los pobladores y toda la comunidad, así como por el ideal de vida que representan para los moradores empobrecidos en la Finca; pero mito también porque esta población se debate en la sombra de sus conciencias entre la asimilación mimética a estas personas y el rechazo enfurecido de las mismas, a veces lleno de una ira reprimida por los atropellos e injusticias que se les atribuyen en la conducción y ordenamiento de la vida comunitaria.

De derecho y de hecho, en verdad, el grupo de los jefes manda y no acepta cuestionamiento alguno a sus órdenes: de hecho, porque todo parece indicarles que la disciplina militar es la única forma de conseguir algo de la población de los bateyes, incapaz de entender razones y argumentos razonables; de derecho, porque en la Finca no hay otra ley, legal o consuetudinaria, que no sea la que está sancionada por ellos, debida excepción de actos criminales en los que los guardas campestres del CEA pasan el caso a la autoridades policiales y civiles.

Los superintendentes. Entre los "jefes" locales el más significativo para la comunidad de los bateyes es el superintendente de la colonia; análogamente, lo que el administrador es para el ingenio, lo es el superintendente para su colonia.

Como es sabido, una colonia cuenta con varios bateyes, cada uno de los cuales usualmente ostenta un mayordomo. A su vez, cada batey suele estar situado estratégicamente en medio de los campos de caña que les corresponden cultivar y cortar. El "jefe" local máximo de una colonia con sus bateyes y todas las personas ahí establecidas es el superintendente. Estos siempre son dominicanos, capaces de leer, escribir, obedecer y liderar a sus mayordomos, jefes de tiro, capataces de corte y personal técnico.

Como "empleados" de la compañía reciben un salario mensual durante todo el año (actualmente es de \$195.00) y lo cobran quincenalmente. También reciben casa, normalmente en el batey principal de la colonia y, dependiendo de diversas circunstancias,

algo de gasolina para transportarse en vehículos de motor, además de un caballo para recorrer diariamente los campos de su colonia.

Las responsabilidades del superintendente son múltiples y de gran diversidad, tanto en tiempo muerto como en zafra. Ellas siempre requieren un conocimiento pormenorizado de la situación real de sus campos, de su personal y del funcionamiento del batey -aun cuando se supone que son mayordomos quienes suplen todo este conocimiento-. Más que éstos, pero al igual que el supervisor, el superintendente debe tener nociones mínimas de administración para poder llevar ordenadamente el presupuesto que él solicita y que finalmente le aprueba la administración del ingenio para cultivar y dar corte a los campos de su colonia.

En cierto sentido, en la estructura de poder socioeconómica que articula la colonia y sus bateyes con las oficinas administrativas del ingenio en el batey central, el superintendente es el intermediario. Pero es un intermediario más poderoso aún que el clásico intermediario entre el campesino minifundista y los almacenistas, comerciantes y exportadores. Este otro tipo de intermediario centra sus funciones esencialmente en la compra y venta de uno o varios productos agrícolas, mientras que el superintendente tiene poder exclusivo de dar o quitar trabajo, vivienda, conucos, servicios (agua), acceso a créditos en los colmados y hasta pequeños regalos el día de Reyes. Su decisión en uno u otro sentido es tan determinante como vital para el buen funcionamiento de las labores de corte y cultivo de la caña, e igualmente para la tranquilidad y buena organización de los bateyes, desde el estado de las casas hasta la misma organización social de estas comunidades. En otras palabras, puesto que en el batey de campo todo está organizado en función del cultivo, corte y arrimo de la caña, el superintendente, en la medida en que es el único canal de transmisión de órdenes y de toma de decisiones circunstanciales en las colonias, tiene ingerencia e incidencia en prácticamente todo. Tan sólo asuntos personales, de familia y de conciencia, escapan a su control. Como me decía un informante "el progreso de un batey depende únicamente de la voluntad del superintendente; si quieren que haya dominicanización de la zafra, sólo el superintendente puede lograr tales propósitos".

Este poder central que ellos ejercen localmente está incrementado por dos razones fundamentales: por una parte, porque ellos son los que reciben la información y las órdenes de los verdaderos jefes del ingenio; por otra, porque a nivel local normalmente son personas que cuentan con conucos propios, quizás con algunas cabezas de ganado, un sueldo fijo y un comercio (colmado) propio en los predios de algún batey; como jefes locales todo esto les

garantiza una base económica relativamente más holgada que a los demás miembros de la comunidad.

Los haitianos

El nivel más alto de la estructura de poder de un ingenio a la que llega un nacional haitiano es la de segundo mayordomo, es decir, asistente de un mayordomo. Pero incluso en las discutidas posiciones de tiqueros, pesadores, o en otras tales como grueros y bueyeros, el haitiano no tiene cabida; parecen estar reservadas para los dominicanos.

La población haitiana en los bateyes puede clasificarse en función de la nacionalidad y, no obstante ésta, por su ascendencia sociocultural. En términos generales el haitiano puede ser: el Kongó o bracero contratado o no, el Ambas fil o clandestino, los Viejos, el Arellano y el Dominico-Haitiano. Sin entrar a especificar estas subdivisiones puede generalizarse afirmando que en tiempo de zafra las dos categorías laborales que más los agrupan son la de los carreteros, en la que predominan los arellanos y los dominico-haitianos, y en aquellas en las que son la mayoría absoluta, es decir, la de los picadores y ajusteros.

Los carreteros. El subgrupo más pintoresco y homogéneo es el de los carreteros, verdaderos líderes naturales de esa población anónima y desheredada que son los picadores de caña. Mirados con cautela y recelo por los "jefes" locales, con suma indiferencia y superioridad por el personal técnico del CEA en los bateyes (agrónomos, mecánicos, tractoristas), como hombres astutos, ágiles y trabajadores, los carreteros suelen ser ex-picadores de caña, generalmente iletrados, Viejos, dominico-haitianos o arellanos, pero en cualquier instancia representantes de un verdadero liderazgo natural. Los carreteros son, por su movilidad en el transporte de la caña a los chuchos, por sus "diálogos" con los bueyes (bautizados con nombres tan pintorescos como "Bola de Fuego", "Jack Veneno", "Negro", "Yankee" y otros), por su vocabulario soez, por la dureza y crudeza de sus discusiones, por las informaciones que transmiten y sobre todo por su relación directa con los picadores de caña, un sector bien sentido y significativo en las comunidades cañeras.

Así como hoy día no se piensa en un batey sin sus paupérrimos picadores de caña, tampoco puede pensarse sin el carretero, sus bueyes y su carreta (con excepción del Ingenio Barahona donde no hay tiro cacho de buey).

La función principal del carretero es, en la madrugada, enyugar los bueyes y pasar la jornada de trabajo colocando ordenadamente la caña que alcan los picadores en la carreta para

llevarla a pesar. En el momento del arrimo de la caña a los vagones de ferrocarril el carretero, usualmente ayudado por uno o dos picadores, la pasa manualmente al vagonero que la coloca en los vagones que finalmente la llevarán al central. Al carretero se le paga por volumen de caña transportada. Pero su responsabilidad, de hecho, no se limita exclusivamente al transporte de caña, pues tiene que cargar y descargar las carretas. Cargar una carreta de dos toneladas y media con seis picadores alzándola puede tomarle entre 45 y 60 minutos; descargarla posteriormente en el ferrocarril, toma otra tanto. Sin embargo, por estas rudas labores al carretero no se le paga adicional alguno. La estrategia de pago aquí, como en el caso de los mismos picadores, es la siguiente: si se le pagara un sueldo fijo en tiempo de zafra por volumen de caña transportada del campo de caña al vagón de ferrocarril, entonces se presupone que esta seguridad de un salario mínimo incidiría negativamente en su rendimiento y horas de trabajo, mientras que el interés operacional de la administración azucarera es que se mantenga el flujo de la caña hacia el central en molienda. Este interés se satisface ligando los sueldos de los carreteros (y de los picadores, así como de los ajusteros) a destajo.¹⁰ Debe tenerse en cuenta que esta estrategia salarial presupone la abulia del trabajador respecto a su trabajo: si se le da un sueldo fijo, no se esforzará por rendirle más a la Compañía. De la misma manera me han argumentado jefes y "jefes" locales para no elevar el precio de la tonelada de caña picada y transportada: los carreteros, así como los picadores, se limitarían a conseguir una cantidad mínima al día y luego abandonarían sus responsabilidades. En ambos casos, por consiguiente, la estrategia de salarios bajos (los más bajos del sector agrícola dominicano) y a destajo parece ser la más dramática porque mantiene la presión sobre la mano de obra de lidiar continuamente con el problema de subsistir en medio de una total inseguridad vital, y así logra evitar que no se detenga el flujo de la caña necesario para la molienda. Paradójicamente no se da como válido el axioma laborar del capitalismo económico: la avidez por acumular bienes y riquezas.

La relación del carretero con sus picadores es básica en las comunidades, se mantiene de zafra en zafra, y refuerza el liderazgo de aquél. Evidentemente, la misma condición de sus remuneraciones incentiva el liderazgo de los carreteros respecto a los picadores. El interés de aquéllos es que éstos piquen la mayor cantidad posible de caña en el menor tiempo, para no dejar de "carretear". Consecuentemente su liderazgo lo cultivan, ante todo, por simple empatía social: viven en igualdad de condiciones que la población haitiana en lo que se refiere a barracones, útiles caseros, vestimenta, hábitos alimenticios. Por añadidura tienen el precedente de haber sido picadores de caña, pero promovidos un

escalón laboral por encima de ellos. Por otra parte, los carreteros se benefician doblemente de los picadores; primero, si ellos no recogen la caña ya cortada, ésta va secándose y entonces les rinde menos a los picadores. Esto significa, por tanto, que entre todos los grupos o brigadas de picadores en un tiro de caña, y dada la notable carestía de carretas, el carretero trata de evadir las indicaciones de los jefes de tiro para hacer favores a grupos específicos de braceros. Es a éstos a los que les recoge a tiempo la caña arrumbada, cobrándoles posteriormente con el célebre "viaje del carretero" que semanalmente "sus" picadores le entregan a él en su totalidad; otra forma de cobrarles dicho favor es pidiéndoles que ayuden a descargar la carreta en el chucho, aun cuando al "picador" no se le pague por esa labor (y tampoco por el alce de la caña).

Segundo, el carretero, en contacto directo con el jefe de tiro, suele tener acceso a informaciones relevante sobre las decisiones del superintendente; a saber, sobre los campos de caña que se van a abrir, la condición de la caña (si es "buena" o "mala", según su eventual rendimiento y condiciones del terreno). Dependiendo de esto, el carretero predispone y condiciona en situaciones informales el estado de ánimo de los picadores, pasando a ser entonces el defensor de sus intereses ante los jefes; y hasta llega a paralizar el tiro de caña, luego de haber instigado a los picadores a no presentarse al día siguiente en el corte como signo de protesta por el mal estado del campo de caña que le fue asignado a ese tiro. En otras ocasiones, por el contrario, su papel es inverso, animando informalmente a los picadores a acudir a trabajar. En una u otra alternativa, su móvil es su beneficio, el cual está en función del rendimiento de la caña en su peso y del trabajo de los picadores. De ahí que los "jefes" locales, particularmente los superintendentes y mayordomos, tengan que bregar continuamente con los carreteros prometiendo que la apertura del corte en un campo malo será seguida y recompensada por el corte en un campo bueno, que compense el poco rendimiento del anterior. Los jefes a nivel del ingenio y locales que ignoran esto suelen terminar pagando su desconocimiento con la paralización del corte.

Al contrario de los "jefes" locales, quienes no suelen tener momentos de esparcimiento y ocio con otros miembros del batey, a no ser agrónomos o personal técnico especializado, los carreteros emplean su tiempo libre los sábados de pago y las tardes dominicales reuniéndose entre ellos y también con cualquier otro grupo de la comunidad. Esto los identifica entre sí, y ellos como grupo homogéneo intercambian en contextos informales con los demás. En tiempo muerto "nos la buscamos como podemos", me declaraba un informante significando así que lo mismo "jalamos la azada"

para desyerbar un campo, o bien atienden sus conucos (de tenerlos), echan días con algún dueño de finca en la zona circundante al batey, o simplemente vegetan en espera de la zafra. Sobreviven de una u otra forma. La maestría con que conducen sus carretas y bueyes ejerce una influencia especial sobre los niños del batey, solamente comparable a la de los choferes de patanas y tractores.

Efectivamente, al margen de juegos formales como la pelota, por ejemplo, uno de los entretenimientos preferidos de los niños es jugar a carreteros; uno de ellos coge una rama de árbol simulando la vara rectora del carretero frente a sus bueyes, y los otros ocupan ficticiamente el lugar de los bueyes, mientras el primero imita los ademanes y jerga del conductor. Este simple juego revela el influjo de este grupo humano no sólo en la estructura de poder de los bateyes, del lado de los empleados de la Compañía, sino por igual en el marco de referencia imaginativo de los futuros hombres del batey.

Los picadores. Del grupo de no participantes en el aparato institucional el más conocido es el de los picadores de caña. Sobre ellos reposa opresivamente la estructura socioeconómica del mundo de la caña. Sus pantalones roídos, sus espaldas brillosas de sudor, sus mochas o machetes dados por el CEA, sus galones (calebasse) de agua, sus zapatos descubiertos o sus botas de goma del CEA, su olor corporal, su pedazo de caña saciando el hambre y fortaleciendo su cuerpo fornido, sus dientes blancos y su color negro, su mirada lejana y con un dejo de curiosidad y otro de tristeza, son parte esencial del mundo y de la cultura cañera. Al igual que desde el tiempo de esclavitud, la duración de sus jornadas de trabajo tiene como límite, la más de las veces, sus respectivas capacidades físicas, y las menos su indolencia. Caminando por cualquier trillo, perdidos en cualquier campo, hundidos en sus barracones frente a cualquier anafe, los picadores de caña son testimonio viviente de sobre-explotación. Extremo inferior de la pirámide social de los bateyes, en los picadores se hace carne la explotación económica y se personaliza el aspecto embrutecedor del trabajo humano.

Hemos visto que por su nacionalidad el picador de caña es haitiano (Kongó, Ambasfil, Viejo) y dominicano (arellano, dominico-haitiano). El picador se despierta entre las tres y media y cuatro de la madrugada, y va saliendo gradualmente y a pie al campo de caña donde está el tiro; a veces, si la carreta de su carretero o de otro amigo se quedó en las cercanías del batey y no en el corte, se transportan en ellas, en otros casos son transportados en los "mosquitos" (tractores que halan carretas de caña) y patanas cuando el tiro esté lejos (aproximadamente 10 ó más kilómetros).

Ya en el tiro o campo donde están picando, los braceros se agrupan en brigadas o grupos que oscilan entre cuatro y seis picadores y cogen sus callejones de corte. Estas brigadas surgen promovidas por la propia administración del CEA¹¹ por iniciativa propia de los picadores, esto es, por motivos de vínculos familiares (hermanos, cuñados) o de amistad y mutuo conocimiento. En cualquier instancia, los picadores evitan formar un "compagnonage" con personas desconocidas; para evitar que éste oculte su posible indolencia en el esfuerzo mancomunado de los otros miembros de la brigada suelen recurrir a una de estas dos formas de procedimiento: cada uno reconoce la caña que él picó, y la brigada sólo interviene para cargar la carreta, ganando así tiempo en esta otra labor; o bien, todos pican y alzan en términos de igualdad, pero cada viaje es asignado a un picador, el líder natural o familiar del grupo, quien luego distribuye los beneficios. Este último procedimiento conlleva el serio inconveniente de privar de Seguro Social a los picadores cuyos nombres no aparecen en los tickets de viajes de caña. En efecto, tan sólo el picador que paga su cuota del Seguro goza del derecho teórico de beneficiarse de una asistencia médica; pero si no aparece inscrito por pago no tiene tal derecho. De ahí el interés de todos los miembros de la comunidad en aparecer inscritos en el Seguro Social, para lo cual a veces pagan a los pesadores para que saquen sus tickets a nombre de ellos o de sus familiares aun cuando no reciben el pago de la supuesta caña cortada. Otras veces los picadores con familia inscriben sus viajes de caña a nombre de la esposa e hijos.

En lo que concierne a las brigadas como tales, sin embargo, lo significativo de ellas es que este sistema es una forma espontánea de colaboración y socialización entre los mismos picadores. Solamente en el caso concreto de los viejos es que aún suelen verse casos de picadores aislados, aun cuando se reagrupan posteriormente para el alza de la caña.

La jornada de trabajo de los picadores es agotadora: una vez comenzado el día (entre 4:00 y 5:00 a.m.) sólo se interrumpe cuando se siente el agotamiento físico; o bien, lo que es más frecuente, cuando se han llenado los vagones asignados al chucho por los jefes, al final de la tarde (entre 5:00 y 8:00 p.m.).

Otro caso normal de disminución o alto en el trabajo resulta del aumento de caña cortada en el piso por falta de carretas para pesarla y arrimarla. No debe olvidarse que "si hay algo que entorpece el trabajo de cosecha y desalienta a los trabajadores es la falta de carretas en el corte y de vagones en el chucho. Cuando no hay carretas, el picador no desea cortar (porque sabe que no cobrará al no poder levantar su caña) y el carretero desenyugará sus bueyes, por la misma razón, cuando no haya

vagones o camiones".¹² Por otra parte, los picadores saben bien que si no hay carretas la caña tumbada se reseca, perdiendo el peso; consecuentemente, sus beneficios salariales ligados al peso de la caña descenderán. De hecho, es notable lo deficiente que es el sistema de arrimo en los ingenios estatales, por ejemplo, el Río Haina. Al margen de estos casos, los picadores hacen un alto también para beber agua, coger fuerza y en casos harto frecuentes, para cocinar y comer en el mismo campo de caña.

En el tiro de caña, el picador convive entre iguales, alrededor de 150 picadores, con los carreteros (unos 15) y adicionalmente con el tiquero, el pesador, un número variable de tractoristas y sus ayudantes, el capataz de corte y el jefe de tiro. Este suele ir montado a caballo y con su largo cuchillo a la cintura; el otro, desmontado, vigila que los picadores no den el corte muy alto, dejando ricos tocones de caña vírgenes. Si bien el capataz de corte tiene que ser haitiano para ligar con los braceros, el jefe de tiro, jerárquicamente por encima de éste, suele ser dominicano, arellano o viejo. En el tiro de caña todos los involucrados parecen interactuar; pero si nos fijamos en los diálogos breves y entrecruzados se trata más bien de un simple movimiento corporal y otro verbal donde imperan la vigilancia y las órdenes, emanadas por el jefe de tiro, transmitidas por los capataces de corte y ejecutadas armónica y forzosamente por carreteros y picadores perdidos en extensas sabanas y laderas cubiertas de verde.

El picador de caña, en tiempo de zafra, constituye el grupo laboral mayoritario en los bateyes del CEA; debida excepción, por ejemplo, de bateyes de servicios y para jefes como son Batey Nuevo (División Guanuma, del IRH) y otros.

La dureza del trabajo del picador de caña es tan sentida que se impone a condiciones salariales y a consideraciones nacionales. La vida del picador de caña, particularmente si es soltero, se recrudece aún más por las labores adicionales que tiene que realizar al regresar al batey. Las faenas propias de la mujer en la cultura cañera, cocinar, comprar en el colmado, lavar la ropa, etc., recaen sobre él. En los barracones predomina la siguiente práctica: un bracero importado, por turnos, cocina para el grupo que convive con él en el mismo cuarto; por lo demás, salta a la vista y al olfato dónde vive la mujer y dónde no: por la relativa limpieza y orden de las piezas de los barracones, o de sus anexos y casas individuales de tejamaní y otro material de construcción. La tarde del domingo es el momento ideal y preferido para lavar la ropa y asearse.

En medio de lo difícil que es vivir cortando caña en un batey, el picador está expuesto a todo tipo de abusos, esto no obstante

dos grandes contradicciones, una económica y otra social. A nivel económico, la contradicción es bien conocida: la coexistencia de una significativa tasa de desempleo rural y urbano, por un lado, y por el otro un déficit neto de braceros azucareros dominicanos. De ahí que a nivel socio-económico, la solución ha sido la importación de mano de obra barata. "El haitiano nos ha resuelto la zafra, como antes lo hizo el cocolo, quedando el trabajador dominicano ocupándose de las faenas de factorías y de administración que requieren mayor nivel de calificación y comportan salarios superiores".¹³

Pero por esto mismo surge la contradicción socio-cultural; el picador de caña es el anti-héroe por excelencia de la cultura nacional y particularmente de los bateyes. Tal parece que el agradecimiento humano se convierte en desprecio y minusvaloración hacia él, el que ocupa la posición más baja de una estructura social tan rígida como estratificada. En la comunidad cañera todos saben y comentan que el picador solamente sirve para cortar caña y, en tiempo muerto, para "halar la azada" en faenas propias del cultivo de la caña, o para emigrar a fincas de colonos o arroceras, cafetaleras, cacaoteras, u otras, pero siempre desarraigado y explotado, mientras que del otro lado de la frontera hay millares de candidatos para tomar su lugar. Y no sólo del otro lado de la frontera, los niños no juegan a ser picadores de caña, como es el caso con los carreteros, tractoristas y choferes. Los niños hijos de picadores desde que tienen cierta resistencia física (10 u 11 años de edad) caminan ya con los padres rumbo a los campos de caña, donde van a buscarles agua a sus mayores en algún río cercano, apilan los lotes de caña, como preparación a su posterior alce y arrimo, e incluso cortan caña irregular e intermitentemente. Por añadidura, la administración ejecutiva del CEA no ignora que la mano de obra de las mujeres puede llegar a ser, como es el caso en Brasil, un tercio de la fuerza laboral del corte.¹⁴ Anti-héroe, el picador colabora con el rescate de la zafra dominicana, ocupando el puesto de menor prestigio social, ignorando por lo demás los peligros y avatares del azúcar en el mercado norteamericano e internacional.

3. Dimensión ideológica y convivencia directa

La dimensión existencial, la mera presencia de haitianos y dominicanos conviviendo entre sí, está sometida no sólo a las leyes lógicas que rigen esa relación, sino por igual a diversas valoraciones ideológicas.

En términos ideológicos, la presencia haitiana en República Dominicana ha pasado por un sinnúmero de expresiones. Por ejemplo, en la literatura dominicana, el haitiano ha sido adulado,

agredido, adulterado, compadecido; y por último, en las obras de autores como D. Moreno Jiménez, M. del Cabral, P. Mir, M. Rueda, R. Francisco, y otros, integrado hasta pasar a ser, más que tema del paisaje, figura integrada al cuerpo social dominicano.¹⁵ Largo ha sido el camino recorrido antes de que las "medias montañas/medios ríos/y hasta la muerte compartida" se aventuraran a afirmarse sin prejuicios raciales y sin temores históricos. Significativamente, esta última situación literaria se compadece, y refleja adecuadamente lo que acontece a nivel de la convivencia directa y cotidiana entre dominicanos y haitianos. Si no es ideología dominante se debe, a mi entender, a que la población dominicana, o haitiana, que no está expuesta a dicha convivencia directa y cotidiana juzga la situación en función de variables raciales, religiosas, culturales u otras; a raíz de tales prejuicios se denigra y minusvalora al otro. Al menos ésta parece ser la base de la actitud antihaitiana en Dominicana.

Esta actitud ofensiva hacia Haití la comparten y propugnan quienes más se aprovechan del estado actual de sometimiento de la mano de obra barata haitiana.¹⁶ No obstante reconocer calladamente su dependencia de la inmigración de la mano de obra haitiana y que Haití es un mercado consumidor de productos e insumos dominicanos, la actitud antihaitiana expresa su prejuicio racial y cultural contra el negro haitiano, y propaga a su vez la siguiente especie de raigambre histórica: los haitianos están invadiendo demográfica y sigilosamente el territorio dominicano. Antes se les encontraba segregados en los cañaverales, ahora están en cualquier finca agrícola y como peones urbanos, buhoneros, pintores populares, vendedores. Así, pues, a la vez que quitan trabajo a los dominicanos, invaden pacíficamente la isla.

Cualquier actitud prohaitiana, basada en la situación miserable en que los haitianos viven en Dominicana y en su propio país, se encuentra en definitiva a la defensiva, pues la misma actitud antihaitiana parece encontrar un eco particular en las clases dominicanas desposeídas.

Entre éstas es usual recordar, primero, que la nación, con los Padres de la Patria a la cabeza, ganaron la independencia y la defendieron contra las cruentas invasiones haitianas del siglo pasado; y segundo, se afirma que la raza, costumbres, creencias y comportamientos de los haitianos son nocivos y primitivos. Este sentir popular es tan arraigado, que el discurso ilustrado de científicos sociales no parece contrarrestarlo y tampoco poner a la defensiva la actitud anti-haitiana.

Es menester reiterarlo, esta actitud sólo es negada y superada explícitamente allí donde se da, aun cuando sea en condiciones de

sobrevivencia y dominación, la convivencia pacífica de ambas poblaciones.

Para ejemplarizar esta convivencia armónica y pacífica, presentaré a continuación las notas de campo tomadas en los bateyes azucareros acerca de las relaciones inter-étnicas de haitianos y dominicanos y sobre las actitudes y valores de ambos frente a la "nación".

Relaciones inter-étnicas. Paradójicamente, el elemento estabilizador por excelencia de la comunidad de los bateyes lo constituyen las relaciones inter-étnicas. Decimos paradójicamente porque podría opinarse que la población dominicana y la haitiana, conviviendo y laborando en una misma área habitacional, existirían en medio de continuos conflictos personales y sociales. Así lo pregona la propaganda noticiosa, pero esto no está respaldado por la experiencia de la vida comunitaria.

Ambos grupos nacionales conviven y sufren, triste y pasivamente. Se conocen, se tratan con relativas precauciones y en algunos casos hay relaciones inter-personales en términos de igualdad entre dominicanos y viejos. Pero ni las relaciones matrimoniales inter-étnicas, ni el contacto comercial en colmados y mercados públicos, ni la mera convivencia pacífica de vecinos, logran superar las barreras interpuestas histórica y culturalmente entre ambos pueblos. En términos generales, suele decirse que los bateyes son exponentes de un arraigado "racismo" antihaitiano, propio de la población dominicana: como decía un informante, "aquí no somos racistas, los haitianos viven todos allá", mientras señalaba hacia los barracones; y del prejuicio anti-dominicano y "nacionalista",¹⁷ de la población haitiana: "Todos los dominicanos son haraganes y abusadores". Sólo que en este juego de mutuas acusaciones y temores, los más perjudicados son los haitianos, por ser inmigrantes e ilegales. Por lo demás, el elemento más sorprendente y paradójico de aquel arraigado "racismo" es su sin sentido literal.

El dominicano, en términos raciales, no es predominantemente blanco. Los jefes del ingenio y los empleados del mismo varían racialmente, predominando mulatos y negros; por esto mismo las relaciones de jefes blancos y subalternos negros no se dieron como tales en las plantaciones coloniales dominicanas y tampoco se han reproducido en territorio dominicano en igualdad de términos raciales a otras zonas del área del Caribe.

Ahora bien, establecidas consuetudinariamente las diferencias étnicas y de ambos grupos, lo decisivo es que a partir de ese momento dominicanos y haitianos quedan separados y las relaciones entre ellos están claramente definidas. El respeto cuasi-sagrado de

los roles asignados a cada grupo implica consecuentemente el mantenimiento del orden existente en los bateyes. La estratificación social de los bateyes, ya lo sabemos, impide el ascenso social indiscriminado de los haitianos, por una parte, y por la otra sanciona coercitivamente cualquier acto delictivo o inusual de los mismos. De ahí que en contra de la propaganda al respecto, la población haitiana de los bateyes sea tan pacífica como aparentemente servil. Ella sabe que debe mantenerse sojuzgada a los jefes y subalterna a la población dominicana.

Más relevante aún para el tema de la integración comunitaria es la clara identidad social que el mero hecho de ser dominicano, o haitiano, representa para cada uno de los grupos. Esta identidad cultural, más notable entre los haitianos y sus descendientes arellanos, se encuentra reforzada por la estructura de mando de los bateyes y por las diferencias salariales entre ambos grupos; todo lo cual conlleva la desunión de ambos grupos nacionales y salvaguarda, consecuentemente, la hegemonía consuetudinaria del consorcio azucarero estatal ante los unos y los otros. Frente al CEA, los pobladores de los bateyes son impotentes para cuestionar sus decisiones; y cada grupo nacional, detenido frente al otro, no hace más que respetar la barrera "racial" que los separa y contribuir indirectamente a mantener el "status quo" en medio de la imperante estabilidad orgánica de los bateyes.

Por consiguiente, las actuales relaciones entre haitianos y dominicanos en los bateyes del CEA son un elemento estabilizador, pero no integrador de estas comunidades agrícolas. En ninguna hipótesis pueden ser tenidas como un área de conflicto desintegrador de la comunidad. Los reducidos casos de conflictos surgen de malos entendidos y fricciones interpersonales, revestidas justificativamente y por añadidura de animadversiones racistas y nacionalistas; estos casos, normales en cualquier grupo y comunidad humana, se resuelven inmediatamente, o por la vía usual cuando se producen infracciones contra el orden público. No obstante lo cual, los conflictos interpersonales, por aquella carga racista y nacionalista, incrementan los recelos y reservas entre ambos grupos, y contribuyen automáticamente a preservar la separación y jerarquía actual entre haitianos y dominicanos. Hasta este punto de convivencia pacífica ha llegado una larga historia isleña apoyada hoy, en los bateyes, en el trabajo del picador de caña.

La convivencia de haitianos y dominicanos en los bateyes del CEA es fundamentalmente pacífica en medio de un sistema de segregación que impide la confusión entre ellos. Tan sólo entre nativos y algunos viejos esas relaciones llegan a revestirse de los rasgos de cordialidad, mutuo respeto y afecto que faltan cuando se trata de clandestinos y braceros importados. En ningún caso,

empero, se manifiesta una actitud de hostilidad y de agresividad entre ambos grupos; a lo más se evidencia la falta de solidaridad inter-étnica, de recíproca indiferencia, así como de segregación y de mutuo alejamiento cuando el hacinamiento y la escasez de viviendas lo permiten. Estas actitudes constituyen el primero y principal obstáculo para que se dé en la actualidad una situación de conflicto en los bateyes y más aún para temer o tener que precaverse contra la posible amenaza de rebelión.

Ahora bien, en aquel contexto, el elemento primordial es el siguiente: en los bateyes del CEA el haitiano muestra tener una conciencia e identidad nacional más arraigada que la del dominicano. Incluso, el estudio de diez casos de Arellanos mostró que siete de éstos culturalmente eran y se identificaban como haitianos; no obstante que ellos son constitucionalmente dominicanos, por haber nacido del lado oriental de la frontera isleña, además de que uno de sus padres es dominicano, y el hecho de que ninguno de los siete había ido nunca a Haití. La identidad nacional haitiana,¹⁸ por tanto, es fuertemente valorada, aun cuando no implica un sentimiento de patriotismo como es el caso de la población dominicana. Para ésta, esa identidad nacional parece ser víctima de varios factores; la prevalencia demográfica de haitianos en los bateyes, así como por la fuerza y carácter autóctono y pintoresco de los rasgos culturales de origen haitiano -especialmente los musicales y religiosos, como por ejemplo durante la única festividad oficial y comunitaria en los bateyes: el Viernes Santo, único día del tiempo de zafra en que se detiene la molienda, los jefes garantizan guaguas y riegan dinero para el ron, de manera que la música, bailes y vestimenta del gaga dominan momentáneamente el ambiente.

El inalterable arraigo de la identidad nacional haitiana parece surgir ante todo como signo de solidaridad entre Viejos, clandestinos, Arellanos y, en menor grado, de éstos con los braceros importados. En un medio ambiente dominado objetivamente por los dominicanos dicha identidad les proporciona fuerza y sentido subjetivo capaz de alentarlos psicológica y grupalmente. Ese parece ser el secreto, si no la fascinación, que guardan tras sus rostros sudorosos e inexpresivos; se saben haitianos, miembros de "un pueblo abusado". Por paradójico que esta solidaridad en la miseria y en la desdicha pueda parecer en medio de una cultura ambiente básicamente individualista, ella es la principal riqueza personal y la fuente de la originalidad cultural de los haitianos en los bateyes del CEA. Sin embargo, se trata de un fenómeno eminentemente cultural y, por su interiorización, subjetivo: porque no implica una referencia explícita a la República de Haití, con sus autoridades y orden; a lo más éstas son situadas en un mundo maniqueo del lado de los "abusadores con (los) infelice (s)".

Por su lado, la población dominicana no recurre ni manifiesta su identidad nacional con la urgencia y necesidad con que lo hace la haitiana. Ante todo, ella está en su patria. Adicionalmente, los dominicanos se presentan a los haitianos con una actitud de relativa superioridad. Más aún, se conciben a sí mismos como económica, social y culturalmente superiores. Pero contradictoriamente esto tiene lugar no obstante lo siguiente: primero, los dominicanos habitantes en los bateyes no son los grandes beneficiarios de la mano de obra haitiana barata y sobreexplotada; segundo, si bien sus niveles de vida son relativamente superiores al de los haitianos no por ello los superan significativamente y tampoco alcanzan el de las comunidades y parajes rurales aledaños a los bateyes azucareros; tercero, los mismos dominicanos en los bateyes son parcialmente víctimas de los prejuicios nacionales contra los bateyes azucareros: por motivos del prejuicio racial contra la población negra de los bateyes y por la segregación y aislamiento en que se mantiene a todos los moradores en estas comunidades agrícolas, independientemente de si son de una u otra nacionalidad.

La actitud de superioridad del dominicano en los bateyes respecto a los haitianos de una u otra categoría, por consiguiente, es tan real como espontánea; pero su ingenuidad estriba en desconocer el mecanismo por el cual ellos mismos en el espectro social dominicano están relegados a un plano de inferioridad y minusvaloración económica y socio-cultural.

Esta misma situación denota el aislamiento, no ya geográfico sino socio-cultural, de la población dominicana respecto al resto de sus compatriotas. Los mismos servicios públicos de comunicación y la dispersión geográfica de los bateyes refuerzan dicha condición. Todo lo cual, por consiguiente, obstaculiza la participación de los dominicanos residentes en los bateyes en la vida nacional, e impide que ésta sea parámetro objetivo y de referencia para moldear y predeterminar sus vidas.

4. Dimensión de prognosis social

Me parece evidente que en la actualidad la inter-relación de haitianos y dominicanos tiene lugar en un contexto ajeno a los detractores de Haití, y que transcurre en una situación de normalidad y hasta familiaridad que desconocen los argumentos de sus defensores. Y esta situación acontece en un contexto existencial de carácter laboral el cual queda determinado por las leyes de la supervivencia y de la sumisión.

Ahora bien, la evolución intrínseca de esta relación, interpretada aquí por la relación dialéctica del amo y del esclavo,

conlleva un sin número de interrogantes de difícil previsión. Considero, sin embargo, que hay cuatro aspectos suficientemente significativos que merecen ser mencionados. Me refiero a la vertiente demográfica de la presencia e inmigración haitiana en y hacia el territorio dominicano, a los modelos agrícolas en los que se inserta parte de esta población emigrada, a los problemas que la población haitiana y su descendencia plantean a la autodefinición del dominicano, y al futuro de la convivencia dominico-haitiana como tal.

Vertiente demográfica. Cara al futuro, el primer dato relevante es el creciente número de nacionales haitianos, y sus descendientes arellanos y dominico-haitianos, en el territorio nacional. Esta inmigración aumenta significativamente a partir de 1978, y no hay indicios de que vaya a mermar. Bien por el contrario, es posible imaginar que esa inmigración se mantenga y hasta aumente por dos razones principales; primera, la apertura de la frontera dominico-haitiana posibilitará aún más el paso hacia el territorio dominicano; y segundo, en términos hipotéticos, uno puede imaginarse una relación política mediante la cual se convenga que la no devolución de emigrantes dominicanos en territorio estadounidense, como consecuencia de la nueva ley de inmigración de ese país, debe conllevar que Dominicana acepte a su vez la inmigración y hasta ilegalidad de haitianos en su territorio.

En cualquier hipótesis, si bien es cierto que la presencia física de haitianos y de sus descendientes ha sido controlada hasta el presente por medio de un rígido sistema social de segregación de los mismos, no menos cierto es que no se vislumbra que la misma sufra una nueva matanza de corte trujillista, ni que su crecimiento numérico pueda ser contenido en sus límites actuales. La presencia haitiana como mano de obra barata ha roto ya su enclaustramiento en la finca azucarera. Consecuentemente, dicha presencia será gradual y paulatinamente más omnipresente; provendrá de las zonas agrícolas tradicionales y pasará a ser en una o dos décadas todavía más necesaria para el funcionamiento socio-económico de la República Dominicana. Si no por otra razón, al menos por su mero impacto demográfico.

Vertiente agrícola. El mero impacto demográfico se hará sentir esencialmente y primero en los campos dominicanos; posteriormente en la autopercepción de la dominicanidad.

En los campos, ya pasa de ser consuetudinario que frutos como el café, cacao, arroz, por no mencionar la caña de azúcar, dependen del trabajo haitiano. Por otra parte, comienza a ser común afirmar que la deforestación y degradación del medio

ambiente dominicano se encuentra en una relación directamente proporcional con la presión y hábitos del campesino haitiano establecido en el lado occidental de la isla. Los bosques, se dice, se haitianizan, como el paisaje dominicano. Esta situación, verdadera o no, esconde un problema de fondo que incide sobre los modelos agrícolas dominicanos. Me explico.

En la década de los sesenta existía un consenso acerca de la necesidad de la reforma agraria, dada la ineficiencia de los latifundios tradicionales para garantizar los alimentos necesarios a la población y para la exportación. Esa opinión pública se ha reinvertido en dos décadas. Actualmente, puede constatarse una especie de quiebra en la agricultura nacional y sobresale la opinión mas o menos ilustrada de que los parceleros no son capaces de proveer la necesaria suficiencia alimentaria. De ahí una nueva vertiente que enaltece la eficiencia y virtudes del sector privado agrícola. Actualmente presenciamos la transición de un modelo campesino tradicional, pasando por intentos de empresariado agrícola, de asentamientos de reforma agraria y de viejos latifundistas, hacia un sistema aún desconocido pero necesario dada la quiebra capitalista del orden campesino y los fracasos de los intentos intermediarios. La incertidumbre nacional está a la medida de la generación de un modelo que aún no ha sido concebido, ni ha nacido.

En este contexto, sin embargo, no debe olvidarse que la mano de obra agrícola será básicamente haitiana. En lugares simbólica y tradicionalmente dominicanos, como en los alrededores mismos de Santiago, los predios agrícolas se nutren de echa-días haitianos. Consecuentemente, en juego está, tanto qué modelo de producción agrícola se implementará, como la reacción de los jornaleros haitianos, y no sólo de los dominicanos, en el mismo. Ambos problemas son de índole diferente, el primero de carácter eminentemente económico, y el segundo social. Sin embargo, no se pueden desligar dado que es previsible que la emigración interna y externa dominicana del campo hacia las ciudades continuará, así como los bajos salarios, el sometimiento y las escasas reclamaciones haitianas por sus niveles y condiciones de vida; más aún, ya que los puestos de trabajo paulatinamente serán absorbidos por haitianos, en uno u otro modelo de producción agrícola, pero sin que este sometimiento al orden y órdenes dominicanos sea inexorablemente perpetuo. Es en esta vertiente, al igual que en la que veré a continuación, donde el movimiento dialéctico implícito en la relación del amo y del esclavo, puede manifestarse reinvertiendo las respectivas posiciones de haitianos y de dominicanos entre ellos.

Vertiente nacional. Uno de los puntos más difíciles a la hora

de explicar el futuro de la relación dominico-haitiana reside en la manera en que la presencia de los haitianos incidirá o no en la auto-percepción del dominicano y de su cultura. ¿En qué medida los dominicanos verán herido su amor patrio conscientes de que desde el siglo pasado la definición nacional se ganó en contraposición a Haití? ¿En qué medida la composición racial, lingüística, religiosa, así como los niveles de vida a los que han sido sometidos los nacionales haitianos, y los dominicanos descendientes de uno o más haitianos en Dominicana, transformará la forma en que los dominicanos se comprenden y presentan?

La dificultad de estas preguntas se encuentra en imaginar, si no determinar, cuál será el desenlace futuro de las ideologías que denigran, alaban o integran al haitiano a la conciencia y paisaje nacional. Para ello se requiere resumir bajo nuevos conceptos teóricos los procesos históricos de ambas naciones, así como sus procesos raciales. Particularmente, ha de superarse el aspecto folklorista y asumir el carácter antillano de esta isla, "hervidero de negros, mulatos y explotación" (M. del Cabral), de manera que se imponga la "mentalidad de isla" más que "una mentalidad de frontera" (M. Rueda). Sobre tratar de profetizar sobre dicha integración. Sólo es razonable afirmar que la relación de haitianos y dominicanos, en Dominicana, no podrá ser desconocida y tampoco ignorada; en otras palabras, no se podrá vivir ajeno a ella. Incluso, aun cuando esta relación sea de recíproca denigración, ya implica una referencia mutua que afecta y condiciona la percepción de ambos grupos nacionales. En este sentido, se puede hipotetizar que la situación conflictiva del pasado mediato, llena de temores y mutuas acusaciones, no estimula la promoción recíproca de ambos grupos, y por ellos no es racional, y tampoco razonable ni deseable.

El obstáculo a una comprensión más cosmopolita de la presencia haitiana en República Dominicana, sin embargo, sigue siendo la redefinición del término "nación" y la emergencia de un sistema cultural que aúne las diferencias, al mismo tiempo que evite la reducción de éstas. En términos generales, un destello de una nueva concepción de la nación dominicana puede y debe surgir de la convivencia actual de haitianos y dominicanos. Esta convivencia, allí donde tiene lugar, puede llegar a constituirse en ejemplar: de la unidad de labores surge la coexistencia y colaboración; esta situación a mi entender, sólo requiere mayor grado de justicia para quienes, independientemente de su nacionalidad, están sojuzgados y segregados en medio de dicha situación del resto de la sociedad dominicana. No considero que el ideal sea establecer un círculo vicioso, por el cual la posición socioeconómica haitiana pase a ser ocupada por los dominicanos, y viceversa; y menos aún

que se fijen rígidamente las respectivas posiciones como en un sistema de castas.

El ideal puede surgir de la convivencia directa anteriormente descrita, y no obstante las determinaciones de sobreexplotación que implican la necesidad de sobrevivir y la dependencia de los haitianos. La unión de ambos grupos nacionales, con sus respectivos descendientes, transcurre allí en unión pero sin confundirse entre sí; se distinguen y reconocen sus respectivas historias y culturas, sin por ello dividir las.

Sólo desde, y a partir de esa realidad vivida, se puede reconocer la pluralidad de la herencia cultural dominicana;¹⁹ y evitarse así un mero rechazo o un simple mimetismo que por paradójico que pueda parecer se equivalen en la medida en que ambas posiciones se cierran a la pluralidad real, y puesto que por una u otra vía se pretende desconocer que ningún pueblo puede llegar a ser lo que no es. Es menester silenciar las ideologías ambiente, y hacerse presente en aquellos contextos y lugares en los que transcurre la presencia e interacción de dominicanos y haitianos, ambos bajo la misma reclusión y dependencia de centros de poder nacionales e internacionales. En ninguna hipótesis se debe afirmar, o reafirmar, que el dominicano puede autoperibirse callando, rechazando, desconociendo o ignorando la relación pasada y presente de su nación y Estado con Haití.

Futuro de la relación dominico-haitiana. El siglo pasado el poeta Hölderlin escribía que "el hombre vive poéticamente. Es cuestionable si la dimensión existencial de la relación dominico-haitiana expresa alguna otra poesía que no sea la del sudor, el hambre y el abuso.

El futuro inmediato de esta relación no creo que vaya a variar, ni a experimentar cambios significativos. Las condiciones presentes tienden a proteger el "status quo", tanto a nivel de los Estados dominicano y haitiano, como de sus respectivas sociedades. Cualquier mutación significativa parece hallarse en un plazo de tiempo aún imprevisible. Sólo que, mientras perdure la actual dimensión existencial de la presencia haitiana en República Dominicana, la degradación de la calidad de vida y de los niveles de conciencia ética de la colectividad dominicana se mantendrán. La felicidad o riqueza de los unos no es la desgracia de los otros. No debe seguir pretendiéndose vivir de espaldas a la continua y necesaria relación de dominicanos y haitianos en República Dominicana; al menos por un motivo egoísta: en la medida en que los salarios, servicios, condiciones de vida y comunitarias de los haitianos son símbolo de miseria y sobreexplotación, como comúnmente se reconoce, en esa misma medida se reducen los

niveles y condiciones de vida de la población dominicana que convive con ellos y de la sociedad en general. El bienestar de toda sociedad razonable se mide por la riqueza material y ética de los más desfavorecidos, a pesar de los cálculos que quieran hacerse en econometría.

Por lo demás, presupongo que la poética cotidiana propia a dominicanos y haitianos pasará de la noche al día, propulsada por el ansia de libertad y la dignidad nacional de ambos pueblos.

NOTAS

1. Paradójicamente, el diálogo novelado de una mujer socialmente dominico-haitiana, de nacionalidad dominicana, que relata el periodista francés M. Lemoine (1983:258), parece insinuar la posición rígida de los autores clásicos:

- "Nací aquí pero no tengo nada, no soy nadie

- ¡Por derecho eres dominicana!

- ¡Yo no soy dominicana, puesto que nunca me han dado papeles! Además, aun con papeles, en el fondo del corazón yo sería haitiana.

- ¿Usted nació aquí? se espantó Brutus, saliendo de su largo silencio. Ella meneó la cabeza.

- Nunca he visto a Haití. Pero soy haitiana. Sé que en el fondo de mí soy haitiana. Contempló por un momento la piel infinitamente oscura de su brazo".

2. Sobre la sobreexplotación, véase M. Murphy 1986:196-199. La posición esclavista es argumentada por R. A. Veras 1983 y M. Lemoine 1983.
3. J. Balaguer 1984.
4. Ferrán 1986 a.
5. *ibid.*
6. Las páginas sobre los jefes y los carreteros y picadores provienen de mi estudio de campo sobre "Pautas administrativas y ejercicio del poder en los bateyes: actores y dinámica comunitaria", Ferrán 1986 b:36-56.
7. Téngase en cuenta que un Administrador puede ganar \$1,250.00 mensuales y recibe adicionalmente, casa, agua, luz, teléfono, transporte, chofer, dieta; un jefe de campo \$900.00 mensuales, y un jefe de cultivo \$800.00 y, proporcionalmente, iguales beneficios adicionales. Es altamente cuestionable, sin embargo, si la suma de todo esto en medio de una empresa tan estatal como capitalista, es proporcional, primero, al

número de horas trabajadas diariamente (entre 9 y 14 horas) los siete días de la semana del año entero, pues el concepto de vacaciones no suele ser respetado; segundo, al monto del capital fijo y líquido que administran; tercero, a sus responsabilidades con el crecido número de subalternos y labores que supervisan, así como con la economía nacional. No obstante un cierto patriotismo que los jefes suelen verbalizar, ellos están conscientes de la desproporción entre sus responsabilidades e ingresos y, los más francos, dicen abiertamente que ellos no justifican pero comprenden que "algunos" salgan del CEA siendo ricos. Esta misma tensión interior, provocada objetivamente por las escalas salariales, parece ser resentida veladamente o no en todo el ámbito del CEA.

8. F. Ferrán 1976:113-130.
9. M. Murphy 1986:181.
10. La misma consideración es válida adicionalmente para los jefes de tiro y capataces de corte.
11. Latorre 1983 a: Anexo VI, pp. 6-7; Castillo 1981: 118-123.
12. Latorre 1983 b: 10.
13. Castillo 1981: 107.
14. Castillo 1981: 117.
15. Veloz Maggiolo: 1977: 93-114.
16. Yunén 1985: 188.
17. Florival 1983: 154-157.
18. El connotado intelectual haitiano Price-Mars se esfuerza por expresar esa identidad nacional en términos de libertad: "Pues bien, los pensamientos que uno encuentra desarticulados entre los humildes y los incultos, los pensamientos que son expresados en la poesía y la prosa de los representantes cualificados de la intelectualidad haitiana, aquellos que afloran en el inconsciente colectivo del pueblo haitiano, fraguan en su arraigo en la libertad y en su odio al servilismo. Lo que hace su unidad fundamental y constituye la trama de su conciencia nacional es su fe indestructible en el carácter intangible de su independencia política. De lo alto hacia lo bajo de la escala social, del más humilde al más poderoso, el haitiano, sea él blanco, negro o mulato, cree que él es un hombre igual que todos los otros hombres, que Dios es bueno y que no lo ha creado para sufrir el maltrato de otros hombres" (1953, Vol I, 120-121). La dificultad de esta caracterización, a mi entender, es que universaliza el ser haitiano a tal grado genérico que disuelve lo particularmente característico del haitiano en algo común a cualquier ser humano sea este un dominicano, francés, inglés u otro. Por lo demás, lo que parece identificar la población haitiana en los bateyes es la experiencia y el sentimiento común de opresión, miseria y degradación personal y grupal que padecen, más que un cierto ideal y concepción de la libertad humana.
19. Madruga 1986: 159-160.

BIBLIOGRAFIA

- Balaguer, J. **La isla al revés: Haití y el destino dominicano**. Santo Domingo: Ed. Corripio, 1984.
- Carreño, N. "El sistema de explotación agrícola: la organización técnico-económica de la producción cañera en República Dominicana 1875-1925". *Revista Estudios Dominicanos*. (1): 109-135, 1984.
- Del Castillo, J. **Ensayos de sociología dominicana**. Santo Domingo: Ed. Siboney, 1981.
- Ferrán, F. I. **Tabaco y sociedad: La organización del poder en el ecomercado de tabaco dominicano**. Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1976.
- , "La población de los bateyes azucareros". *Investigación y Ciencia*, (1): 101-125, 1986a.
- , "Pautas Administrativas y Ejercicio del Poder en los Bateyes". En: F. Moya Pons et al. **El batey: estudio socioeconómico de los bateyes del Consejo Estatal del Azúcar**. Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1986 b. pp. 36-56.
- Florival, S. "Los picadores haitianos en los bateyes de Barahona". En: S. Castor (ed): **Migración y relaciones internacionales (El caso haitiano-dominicano)**, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983. pp. 133-157.
- Latorre, E. et al. **Propuesta para la dominicanización de la zafra azucarera**. Santo Domingo: Documento Inédito del CEA, 1983 a.
- , **Documento para la dominicanización de la zafra azucarera**. Santo Domingo: Documento inédito del CEA, 1983 b.
- Lemoine, M. **Azúcar amargo: Hay esclavos en el Caribe**. Santo Domingo: Ediciones CEPAE, 1983.
- Madruca, J.M. **Azúcar y haitianos en la República Dominicana**. Santo Domingo: Ediciones MSC, 1986.
- Moreno Fragnals, M. **El Ingenio, el complejo económico social cubano del azúcar**. Santo Domingo: Editora Futuro, 1979.
- Murphy, M. "Significación de la industria azucarera dominicana en terminos socio-antropológicos". En: **ADOS. Problemática rural en República Dominicana, II Congreso de Sociología (del 18 al 21 de octubre de 1982)**. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1983: 331-356.

- Rodríguez Creus, D.A. "El corte de la caña manual y su utensilio de trabajo". En: E. Latorre et al: **Propuesta para la dominicanización de la zafra azucarera**. Santo Domingo: Documento inédito del CEA, 1983.
- Veloz Maggiolo, M. **Sobre cultura dominicana... y otras culturas**. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1977.
- Veras, R. A. **Inmigración, haitianos, esclavitud**. Santo Domingo: Ed. Taller, 1983.
- Yunén, R. E. **La isla como es: hipótesis para su comprobación**. Santiago: UCMM, 1985.